

# LA NAVIDAD EN EXTREMADURA

## I

La Navidad extremeña suele ser eminentemente popular y pastoril. Para dar idea de cómo reaccionan sus diferentes comarcas ante la evocación del divino acontecimiento, sería preciso llenar varios volúmenes. No permitiendo la índole de este trabajo detenernos en prolifas descripciones, nos limitaremos a reseñar algo de lo que acontece en dos o tres puntos de las dos provincias hermanas: Badajoz y Cáceres.

Empezaremos por la primera, deteniéndonos particularmente en la comarca de La Serena, llamada por algunos escritores coterráneos <corazón de Extremadura>. Careciendo esta comarca de influencias irradiadas de otras provincias limítrofes, nos parece más representativa, aunque en cada pueblo y en cada majada se celebre, con ligeras variantes, el Nacimiento del Dios Niño. De paso, nos referiremos a ciertos pueblos colindantes, pertenecientes a la mal llamada «Siberia extremeña», todavía más apartados de extrañas influencias, por carecer de ferrocarril.

## II

En el pueblo de Magacela, atalaya de La Serena, coronado por ruinoso fortaleza de los Templarios, y antaño priorato de la de Calatrava, celebrábase la Navidad del modo siguiente:

Después de cenar sus vecinos, a eso de las diez, tenían prevenidas algunas cargas de secos gamonitos, que amanojaban y empalmaban los muchachos, formando con ellos grandes teas. Las encendían después los chicos y, con gran algazara, las paseaban por las calles gritando:

-¡Vivaa...! ¡Vivaa...!  
¡Al que no diga viva  
que se le seque la barriga!

Todas las personas que encontraban habían de dar el viva exigido, bajo la pena de ganarse un tizonazo, chamuscándole o quemándole.

Mientras los chicos recorrían alegremente las calles del pueblo, alumbrándolas fantásticamente con sus rústicas luminarias y gritando como energúmenos, los mayores hacían salvas con sus escopetas, cargadas de pólvora sola, y al otro día recogían las mujeres los restos de los tizones, para encender sus lumbres.

Como la serrezuela donde se asienta el pueblo se alza en medio de una dilatada llanura, desde muy lejos veíanse danzar los resplandores de las teas, temblorosas sus luces al viento, cual si un escuadrón de fantasmas infernales pretendiesen asaltar el castillo, incendiando el lugar por sus cuatro costados.

Además del callejero regocijo, cuyos ecos llegaban a los más apartados rincones, cada casa era un foco de entusiasmo para celebrar el Nacimiento de Nuestro Redentor.

Reunido\* amigos y familiares al amor de la lumbre, bajo las amplias campanas de las chimeneas, cantaban al compás de las zambombas y los almoreces, entre trago y trago de vino, acompañado de madroños de la sierra y bellotas asadas al rescoldo, coplas y villancicos.

Poseyendo el pueblo algunas huertas, no es extraño que, entre MIS cantos propiamente navideños, intercalaran coplas alusivas a sus huertanas preocupaciones, como por ejemplo:

## LA NAVIDAD EN EXTREMADURA

Seña Juana la hortelana,  
péseme usté bien las jabas.  
que semos muchos comiendo  
y mos queamos con gana.

**Estribillo:**

Jabas puse el lunes,  
Jabas puse el martes.  
el miércoles Jabas  
y el jueves tomates.

El viernes puse frijones.  
por ver si me convenía,  
me resultaron mu caros:  
jabas puse al otro día

**Al estribillo.**

Esta noche es Nohegüena  
y mañana cañamones,  
ha de parir la estanquera  
un celemín de ratones:  
uno vivo y otro muerto.  
y otro con el rabo tuerto.

**Estribillo:**

Pasé por la güerta  
de mi tío Ramón:  
cogí un pepiniyo.  
me dio un pescozón.  
Por más que corría,  
por más que volaba,  
caramba, mi tío.  
qué palos me daba:  
que en las costiyiyas  
qué bien se asentaban.

Llegada la hora, dejaban la diversión para ir a la misa del Gallo, quedándose algunas viejas atizando la lumbre y preparando algo para un bocadillo al volver de la iglesia: chorizo, lomo, en fin, cosa de carne después de la abstinencia, dulces

caseros y vino. Luego seguía la zambra hasta cansarse, o se acostaban.

### III

A pocos kilómetros, en el llano, está Villanueva de la Serena, alegre y populosa ciudad, considerada como la capital de la comarca. Allí empezaban a cantarse las coplas navideñas y villancicos el 7 de Diciembre por la noche, víspera de la Inmaculada Concepción, acompañándose de las zambombas, almireces, tapaderas de hoja de lata, y hasta del áspero sonido del rabo del badil de hierro, labrado en espiral y frotado por el "soplaor", férreo canuto que servía para avivar la lumbre. Desde un balcón de nuestra casa, situada en una eminencia, veíamos brillar la hermosa torre de la parroquia, de labrado granito, iluminada por multitud de farolillos, mientras su base teñíase de fugitivos resplandores, reflejo de la monumental hoguera encendida en la plaza de la iglesia. Y, en la serenidad de la noche invernal, sonaban intensamente las zambombas, entre risas y cánticos, celebrando el Nacimiento del Mesías, y repicaban loca y festivamente las campanas.

Ya no se celebraba, como antaño, alrededor del público fuego, el pintoresco concurso anual de cantadores y tocadores de zambombas, para premiar a los más hábiles; pero en sus calles y en sus casas repetíase, de allí en adelante, todas las noches, el zambombazo y los cánticos, hasta la de Navidad, excepto en las moradas aristocráticas, o que presumían de ello: ya se ve.

Amigos y familiares reuníanse al amor del fuego, bajo las grandes campanas de las chimeneas, donde, colgadas de los cañizos», oreábanse las piezas menudas de la reciente matanza, presididas por la pétrea morilla y la gruesa cadena de las «llares», recogida en pabellón.

Mientras unos, a punta de navaja, rajaban las cáscaras de

castañas y bellotas, para que no saltaran en la lumbre, otros las sacaban de ella ardiendo, las mondaban, entre sople y restregón, llenándose las manos de ceniza, y se las comían, entre copla y copla, besando, de cuando en cuando, el agujero de la calabaza de cuello, llena del vino nuevo de sus pitarras.

El llamear de la lumbre aumentaba el brillo de cazos y peroles, colgados de la espetera; alegraba los ojos de los tertulianos y envolvía el típico conjunto en ramalazos de luz y de sombras.

La persona de más respeto ocupaba el rincón de la tarima más próximo al fuego, «tenazas» en mano, como el cetro de un rey. Realmente eran un atributo de mando, porque mandaba en la lumbre, colocando a su antajo leños y «gabe-jones» (1), y remetiéndolo <taramas> (2). Cuando no ardían bien, ordenaba a cualquiera de menos categoría, joven o chi-cuelo, que hiciese saltar la llama con el «soplaor».

Tras de la larga cornisa de la chimenea, con pequeñas men-sulillas en sus arranques para las cajas de cerillas y las torcidas del candil, ostentando en su ancha repisa superior pintorescos barreños de Salvatierra, panzudos botijos de estrecho cuello y verdoso barro vidriado para el aguardiente, fuentes y jarras talaveranas para el virio, tendíase de lado\* lado, un cordelito sosteniendo la caña con taladros a diferentes" alturas; para colgar el candil, que podía correrse a voluntad, cuando no le colgaban de las «llares» (3). Cuando no se encendían los candiles, dejábanlos colgados en la candilera: una barrita de hierro, lisa u ondulada, rematada arriba por una crucecita del mismo metal, clavada en un ángulo del frente de la cocina, de pared a pared.

---

(1) Haces de sarmientos.

(2) Ramaje seco, de encina sobre todo.

(3) Cadena de hierro, sumamente gruesa, de donde suspenden los calderos para hacer las migas o las calderetas, usándose también en las diferentes faenas de las matanzas.

*De* cuando en cuando, paraba la música, para charlar y reír. o para que el tocador de turno enjugase, al calor de la fogata, la piel de la zambomba, previamente frotada con ajo crudo, para que sonase mejor, porque humedeciese con el agua (o la saliva) con que se mojaba la mano quien la tocaba, facilitando así el resbalar de sus dedos por la delgada cañita.

Alternaban las coplas religioso-profanas con los villancicos, el romance del -Niño perdido-, «La huida a Egipto»,. «Las doce palabras retorneadas», -La Dondiana-, «El Patriarqués», «¡Ay de la mi capiya», -El calderero», «Los celos de San José» y multitud de cánticos tradicionales, divirtiéndose la gente jaleando al mejor coplero, o burlándose del que desafinaba, más que con sus aplausos o sus censuras, con frases y cantares graciosos y oportunos.

Si una vieja comadre refunfuñaba, echábanle una copla alusiva:

En los dientes se conoce  
al caballo, cuando es viejo.  
y a la mujer, cuando es vieja,  
se la conoce en el genio

Si se reían de alguien que cantaba mal, y a éste no le importaba, repetía con la siguiente copla, o con otra parecida:

Me diien que canto mal:  
pa lo que me dan. bien canto;  
los que cantan son los curas,  
que ganan mu bien los cuartos.

A veces, sin querer, las mismas coplas les llevaban al desafío. Entonces alternaban los cantadores con gracia, acompañados de un solo tocador de zambomba; mas cuando, de común acuerdo, entablaban el pujilato para ver quien salía más airoso, solía acompañarse cada cual con su instrumento, sin cambiarle de uno en otro, no como en el «escolio» de los

antiguos griegos, cuando al final de un banquete pasábanse la lira de mano en mano, invitándose a improvisar cantando. Y cuando uno de los contendientes dábese por vencido, intentaba disimular su fracaso con la siguiente copla o con otra por el estilo:

A cantar me ganarás,  
pero es porque estoy mu flaco;  
pero no me ganarás  
a sacar presas de un plato.

#### IV

Hace un cuarto de siglo, poco más o menos, los jornaleros, pequeños labradores y quienes representaban poco socialmente, llevaban las caras completamente afeitadas, reservándose el lujo de tener pelos en ellas a los señores, los empleados, artesanos, guardias, etc., porque entonces ¡aún había clases!

Si algunos de cara peluda asistían entre los rapados a estas zambras navideñas o se incorporaban a los «ambomberos» en plena calle, cuando hartos de mosto vagaban cantando a grito pelado, y se apropiaban la calabaza, les reprochaban su abuso cantándoles:

Da acá la calabaza,  
compadre Roque:  
que se beben el vino  
los del bigote.

Estríbillo:

Con el kirieleisón.  
se para mi burro,  
luciéndole no  
¡So. so; so burro, sol

Dando traspiés, parábanse los beodos, de cuando en cuando, a perorar y a discutir. Si alguno desafinaba al cantar, lo

achacaban a sequedad de gazonate, y añadían a la copla el siguiente estribillo:

**¡Y... se le atrancó!  
y por señas pedía la bota,  
porque le faltaba la  
respiración. ¡Laa...  
respiración!**

Era raro que volviesen sanas a casa las zambombas de barro, únicamente cuando las hacían con cuerdas cruzada sobre una lata de petróleo vacía y sujeta la cañita en el cruce de las cuerdas, salvábanse de saltar hechas pedazos contra una esquina o en las costillas de cualquiera, pero acababa aplastadas como obleas. Estas zambombas retumbaban más pero no entraban en la iglesia, como las otras, tocadas en la santa casa con religioso entusiasmo para acompañar a los villancicos.

En el altar mayor, bajo un gran arco de romero, salpicado de copitos de algodón en rama, figurando la nieve, armaban un magnífico Belén, con detalles enternecedores. Además de las sagradas figuras tradicionales, muy lindas por cierto, veíanse otra multitud de ellas, primorosamente hechas, vestidas y representadas sin faltarles detalle. Pastorcillos y pastor-citas típicamente ataviados al estilo del país: ellos con sus zamarras de piel de cordero, sus zahones de cuero y su porra, o vistiendo el traje de gala, hecho de rojiza piel de estezado, perforada y respunteada con gruesa seda verde, sobre fondo de parto rojo o azul, y ellas con sus refajos de bayeta de colores, portando minúsculos tarros de leche, pequeños borreguitos, etc., dirigiéndose al Portal como los Santos Reyes, todos cargados de ofrendas.

Durante la misa de media noche, cantaba en el coro un grupo escogido los tradicionales villancicos, entre los majestuosos acordes del órgano, el rimbombar de las zambombas,



el cascabelero golpetear de las panderetas, el vibrante entrecocar de los platillos, el sonoro tintinear de los hierros y el alegre repiquetear de las castañuelas, no siendo raro, antaño sobre todo, que acompañasen, desde abajo a los de arriba, algunos fieles, con sus voces y sus instrumentos, los villancicos usuales en la parroquia. A continuación damos pequeños fragmentos de estos villancicos:

Pastorcitos del monte, «venir»;  
zagalitos del vaye. yegar:  
Si esperáis al Mesías nacido, .  
¡nació ya. nació ya. nació ya!  
¡Nació ya. nació ya, nació ya!

Este precioso Niño,  
yo me muero por El:  
Sus ojitos me encantan,  
su boquita también.  
Su padre le acaricia.  
y su madre también,  
y los dos. extasiados.  
contemplan aquel ser.  
¡Es tan bonito el Niño, que más  
no puede ser!

Las cenas de Navidad, a primera hora de la noche, eran parecidas en toda la comarca. Generalmente componíanse de un potaje de garbanzos o de alubias, seguido de un plato de bacalao frito y rebozado; otro de potaje de castañas con anís y canela, y el indispensable arroz con leche o las natillas, esto en las casas acomodadas, simplificándose un poco en las de menos haberes y aumentándose y retinándose los platos, con los tradicionales turrónes y mazapanes, en las casas ricas. Seguíanse los cánticos y el «zambombeo», según decíamos, y, de cuando en cuando, salía alguno a la puerta para escuchar si tocaban a maitines las campanas de la parroquia. Entre tanto, se cantaba más y mejor que de ordinario y había algu-

nos que, no bulándoles el vino injerido, seguían echando tragos y más tragos. Al oír el toque de maitines, se les ocurría cantar a veces:

Quién estuviera en el cielo,  
cuando tocan a maitines,  
sólo por oír cantar  
ángeles y serafines.

En la imposibilidad de reseñar todas las coplas más usuales, allá van algunas para muestra:

Esta noche es Nochegüena  
y no es noche de dormí,  
que está la Virgen de  
parto y a las doce ha de  
parí. Ha de parir un  
Ninito, que se yame  
Manolito. para que guarde  
el ganado  
de la Virgen del Rosarlo.  
Y a la noche, de que renga,  
le pondremos un guisado,  
de perdís y de conejo,  
de la pechuga de un  
pavo.

Estríbillo:

Entre cerco y  
cerco se pone la  
luna: a los  
bonachones los da  
Dios fortuna.

Entre cerco y  
cerco, se ponía el  
sol; a los  
bonachones los  
castiga Dios.

La caridad ejercíase por las personas pudientes en favor de los necesitados. Para que a éstos no les faltase cena en noche tan memorable, las casas ricas daban el aguinaldo a los pobres, a sus jornaleros y a las familias de sus criados. Estos aguinal-

dos consistían en especies: arroz, bacalao, freijones, aceite para guisarlos, azúcar para endulzar el arroz, etc., y los pastores o quienes tenían ganado, obsequiaban a quienes no lo tenían con tarros de leche de sus cabras, correspondiendo así a los aguinaldos que recibían.

En Orellana la Vieja (Badajoz) salían los muchachos por las calles, el día de Pascua de Navidad, pidiendo de puerta en puerta el aguinaldo, con cantares alusivos, y, siempre cantando, agradecían los higos pasados o bellotas que les daban, o ponían «de vuelta y media» a quienes se lo negaban. Veamos:

— ¡Señora, por Dios! ¿me da  
usted aguinaldo, por el  
Nacimiento del Hijo de Dios?  
Yo no quiero jigos, que están  
podridos. No quiero bellotal, que  
tienen ventanas (agujeros); lo que  
quiero es morcilla pa comérmela  
mañana.

Si no les quieren dar y les contestan:—Perdonar por Dios—, replican los pequeños:

Aguinaldo te he pedido, no me lo  
ha» querido dar: Permita Dios te se  
seque la tripa del cagalar (o cagalán).

Dejemos la ciudad por el campo, para ver cómo celebraban la Navidad los pastores de La Serena. El día 24 de Diciembre, por la noche, cenaban dos veces. Una al obscurecer, de vigilia, que consistía en arroz o patatas con bacalao, y la otra después de las doce de la noche. La última cena se componía

Los pastorea de Belén todos juntos van  
por leña, para calentar al Niño. que nació  
en la Nohegüena.

**Otro estribillo:**

Tú que te fistes a habló co nel  
novio, y te queastes el pan e nel  
jorno, y cuando golvistes estaba  
quemao: ¡Eso te se está mu ble  
nempleao!

Todos le yeba nal Niño. yo no tengo que  
yeparle: las telas del corazón, que le  
sirvan de panales.

**Al estribillo.**

**También se daban importancia, cantando así:**

Los pastores no so nombres, que so  
nángeles del cielo, que nel parto de María  
los primeros fuero neyos.

**Y, a veces, se le ocurría contestar a una burlona comadre:**

Los pastores no so nombres, que son  
bruto animales; se yeban las güeñas  
mozas: la culpa tienen sus padres.

**Estribillo:**

Dale a la zambomba, verás cómo  
suena. ¡Dale. dale. dale, ques la  
Nohegüena!

Si el mayoral se descuidaba en darles de beber, se lo pedían cantando:

La cabecita me duele de mirar  
jacia el camino, por ver si veo vení  
la calabaza del vino.

**Estribillo:**

Eche usted una gota de ese  
vino nuevo, fasta que digamos:  
¡Güeno está lo güeno!

**También solían cantarle al mayoral:**

Las galas del mayoral es tener güenos  
cencerros, güenos borregos roscúos y  
«carrancas» en los perros (1).

**Al estribillo.**

La Nohegüena se viene, la  
Nohegüena se va, y nusotros mos  
diremos y no golveremos más.

**Al estribillo.**

Pasado el día de Pascua, no se cantaba más con la zambomba en fas majadas ni en los pueblos hasta la víspera de Año Nuevo por la noche, que reuníanse algunos íntimos en cualquier chozo o casa, para cantar al son de sus rústicos ins-trumentos y beber:

---

(1) Carrancas o anchos collarones de cuero, cubiertos de largas púas de hierro, que llevan los mastines guardadores del ganado, para que otros perros, y sobre todo los lobos, no les puedan morder en el cuello.

**El día de Año Nuevo. por la mañana, bautizaro na Cristo, Manuel se yama; bautizaro na Cristo, Manuel se yama.**

**Manolito es mi amante, qué dulce nombre: Dichoso al que naciendo Manuel le ponen: dichoso al que naciendo Manuel le ponen.**

**El mismo día, por la tarde, tenía lugar en la parroquia de Villanueva de la Serena, la adoración al Niño Jesús, acudiendo los fieles, especialmente los niños, a besar los divinos piecitos a Jesús, que bajaba el sacerdote del Portal. Y volvían a enmudecer zambombas, cantores y sonajas, después de acompañar con ellas la misa mayor de aquel día, hasta la víspera de Reyes, en que reuníanse de nuevo para comer bellotas asadas, beber y cantar:**

**De Oriente salen los Reyes, para adorar al Dios Niño: yeban la estreya «delante», pa enseñarlo sel camino.**

**Estríbillo:**

**El galapagulto, que va por la arena, que no puede andá de la panza que yeba. El galapaguito. que va por el monte, que no puede andá, que le coge la noche.**

**Otro estribillo:**

Yo vide una vieja, una vieja,  
pelando un lagarto, un lagarto,  
como le pelaba, le pelaba,  
con gran disimulo, disimulo,  
que no le queaba peyejo nenguno.

Esta es la Pascua de Reyes,  
la mejor Pascua del año,  
entre mozo si donceyas,  
pedimo sel aguinaldo.

**Otro estribillo:**

Ya vienen los Reyes,  
por el olivá,  
y le traen al Niño  
beyota sasás.  
Ya vienen los Reyes  
por aquel camino,  
y le trae nal Niño  
sopitas con vino.

Tanto en el campo como en los pueblos, no faltaban gentes de buen humor que, ilusionando a la chiquillería, la llevaban fuera de los arrabales, o a determinados sitios, a esperar a los Reyes Magos. Los chicos obligaban a sus madres a que les preparasen bien, para recibir dignamente a tan altas majes-des, y se aprendían de corrido la oración para pedirles el aguinaldo, que unas veces recibían en forma de pequeñas golosinas y otras en paquetitos con bichejos muertos, cuando no de algo más repugnante, si acertaban a encontrarse con otros guasones, mal disfrazados de Reyes Magos. A una de mis abuelas, cuando era pequeña, que fue a esperar a los Reyes, muy contenta con su vestidito blanco, se le pusieron negro los guasones de marras, sentándola de golpe en un barrizal, porque también las gastaban así.

La oración para pedirles el aguinaldo, era como sigue:

Reyes Magos del Oriente:  
Advertir que soy pariente  
de la reina Magalona.  
Si no me dais aguinaldo,  
os quitaré la corona.

Con el retintán,  
con el retintín;  
que me metan de cabeza  
en un bacín  
¡Joo... ropo!  
¡Que me mamo un pan de un soplo!

También se embromaba a los chicuelos, como en Carnaval, y a algunos simples grandullones, mandándoles a una casa conocida por el «molde de hacer buñuelos». Esperando atracarse de la apetitosa fritura, obedecían diligentes, aun diciéndoles que el «molde» pesaba mucho. ¿No iba a pesar, si en el saco o cesta que les daban para traerlo les echaban piedras, zapatos viejos y otros desperdicios, encargándoles que no lo destaparan en el camino para no romper el «molde», que era muy frágil? ¡Y que no volvían a casa anchos con el supuesto molde y sudando del esfuerzo que les costaba su acarreo!

*(Continuará)*